

020142

# VEJEZ, ENVEJECIMIENTO Y SOCIEDAD EN ESPAÑA, SIGLOS XVI-XXI

Coordinador:

**Francisco García González**

R. 4505688



---

Ediciones de la Universidad  
de Castilla-La Mancha  
Cuenca, 2005



**VEJEZ, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI / coordinador, Francisco García González.**– Cuenca : Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005

282 p. ; 22 cm.– (Humanidades ; 83)

ISBN 84-8427-387-3

1. España – Población – S. XVI-XXI – Congresos y asambleas 2. Sociedad – España – S. XVI-XXI – Congresos y asambleas I. García González, Francisco, coord. II. Universidad de Castilla-La Mancha, ed. III. Serie

314(460)“15/20”(063)

316.3(460)“15/20”(063)

Esta edición es propiedad de EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA y no se puede copiar, fotocopiar, reproducir, traducir o convertir a cualquier medio impreso, electrónico o legible por máquina, enteramente o en parte, sin su previo consentimiento.

Esta edición ha contado con el patrocinio de la  
Fundación MAPFRE VIDA

 **MAPFRE** | VIDA



© de los textos: sus autores.

© de esta edición: Universidad de Castilla-La Mancha.

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Directora: Carmen Vázquez Varela.

Colección HUMANIDADES n° 83.

1.ª ed. Tirada: 500 ejemplares.

Diseño de la colección: García Jiménez.

Diseño de la cubierta: C. I. D. I. (Universidad de Castilla-La Mancha).

I.S.B.N.: 84-8427-387-3

Depósito Legal: CU-360-2005

Fotocomposición e impresión: Compobell, S. L. (Murcia).

Impreso en España - Printed in Spain.

## ÍNDICE

Presentación . . . . .	9
Introducción: Vejez, envejecimiento e historia. La edad como objeto de investigación . . . . . <i>Francisco García González</i>	11
Vejez y sociedad rural en la España Moderna . . . . . <i>Pegerto Saavedra</i>	35
Viejos en la ciudad. La estructura de edad de la población en los núcleos urbanos españoles del Antiguo Régimen . . . . . <i>Alberto Marcos Martín</i>	67
Marginación de la vejez en la cultura del liberalismo contemporáneo español . . . . . <i>Pedro Carasa Soto</i>	101
Nuevo orden demográfico y estrategias familiares . . . . . <i>Ángeles Valero Lobo</i>	135
Evolución demográfica y envejecimiento en las primeras décadas del siglo XXI: algunas reflexiones sobre el caso de la provincia de Albacete . . . . . <i>Joaquín Recaño Valverde</i>	167

Antropología de las edades: la vejez . . . . .	211
<i>Eleonora Muntañola Thornberg</i>	
La vejez desde una perspectiva psicosocial . . . . .	223
<i>José Miguel Latorre Postigo y Juan Montañés Rodríguez</i>	
La salud en la vejez. La atención geriátrica . . . . .	263
<i>Pedro Abizanda Soler</i>	

## PRESENTACIÓN

El libro *Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI* es el resultado del Curso de Verano del mismo título organizado por el Seminario de Historia Social de la Población en la Facultad de Humanidades de Albacete (Universidad de Castilla-La Mancha) durante el mes de julio del año 2003<sup>1</sup>. Con dicho curso perseguíamos dos objetivos fundamentalmente: dotar de historicidad al tema proyectándolo en la larga duración para fomentar estudios en distintas épocas y contextos socio-culturales, y abordarlo a su vez desde una perspectiva multidisciplinar.

Pocos temas nos conciernen más en la actualidad que el proceso de envejecimiento de la población y sus consecuencias. Tanto a nivel individual como colectivo sus efectos ya comienzan a ser bien perceptibles en España. Ante su trascendencia en sociedades como la nuestra es lógico que cada vez se le preste una mayor atención por parte de los investigadores. No es muy frecuente, sin embargo, reunir en un mismo libro a historiadores, sociólogos, antropólogos, demógrafos, psicólogos y médicos para iluminarnos sobre algunos aspectos centrales de este fenómeno y algunas de sus múltiples implicaciones para

---

1 El curso se incluía dentro de las actividades programadas en torno al proyecto PAI 03-003 de la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Como entidades colaboradoras contamos con la financiación de la Consejería de Bienestar Social de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, la Asociación Agraria Jóvenes Agricultores de Albacete y el Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel». Finalmente las ponencias presentadas han podido publicarse gracias a la colaboración del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha y Mapfre Vida.

nuestra sociedad. Con esta publicación hemos pretendido presentar varios trabajos que aporten datos para la reflexión. Dado que el tema es tan amplio y tan complejo para abordarlo con un mínimo de rigor, la obra se ha concebido como una especie de cruce de caminos donde distintos especialistas tratan algunas de sus diversas vertientes. Al tener el libro una finalidad claramente introductoria a la materia el denominador común de todas las contribuciones es su carácter generalista. Visiones que no pretenden otra cosa que ser un punto de partida para que estudios empíricos más concretos maticen, completen o corroboren los datos y explicaciones aquí aportados.

Efectivamente, en aras del rigor se ha apostado por el tratamiento especializado del tema para garantizar un mínimo de solvencia. Otra cosa es que debamos apostar por un planteamiento integral que permita comprender la complejidad de esta problemática. Y no sólo desde una perspectiva teórica. La formación de profesionales capacitados para planificar, programar, ejecutar y gestionar servicios destinados a este sector de la población se hace imprescindible, tanto por eficacia económica como sobre todo por rentabilidad social.

La obra no responde a ningún tipo de culto a la «moda» por tratarse de un tema de candente actualidad. Se inserta dentro de una de las líneas de investigación que estamos desarrollando dentro del Seminario de Historia Social de la Población en Albacete y que es una consecuencia lógica del trabajo realizado desde hace casi veinte años en torno al estudio de la historia de la familia de la mano de Francisco Chacón Jiménez en Murcia. Un Seminario que apuesta claramente por la interdisciplinariedad, que quiere convertirse en foro de debate y discusión y en un espacio de intercambio de experiencias y proyectos sobre problemas no siempre tratados por los historiadores. Problemas que, como el de la vejez y el envejecimiento, consideramos imprescindible plantear en la larga duración evitando caer en la cortedad de miras y la miopía de lo inmediato que pierde la necesaria perspectiva histórica para su comprensión.

Francisco García González

## **INTRODUCCIÓN: VEJEZ, ENVEJECIMIENTO E HISTORIA. LA EDAD COMO OBJETO DE INVESTIGACIÓN**

*Francisco García González*  
Universidad de Castilla-La Mancha

A principios de los años 90 el gran antropólogo francés Claude Lévi-Strauss sugería que había que revisar nuestra concepción del mundo a la luz de la demografía. Efectivamente, cada vez más es una evidencia que nuestro futuro inmediato vendrá muy influenciado por el resultado y las consecuencias relacionadas con los temas demográficos. El caso del envejecimiento y de las repercusiones del cambio en la estructura de edad de la población es una prueba bien elocuente. Cuando hablamos de la vejez nos estamos refiriendo a una fuerza demográfica y a un grupo social en continua expansión, algo que difícilmente parece que pueda cambiar en los próximos años si tenemos en cuenta la bajísima natalidad y mortalidad y el constante aumento de la esperanza de vida. Para muchos en la sociedad occidental y, en particular, en la sociedad española, se está produciendo una especie de «*revolución silenciosa*» que tiende a invertir completamente la pirámide de población. Si las previsiones se cumplen, a mediados de este siglo en España por primera vez en la historia jóvenes y viejos representarán la misma proporción de población. De

hecho en la actualidad las personas mayores de 65 años superan al grupo de edad con menos de 16 años y el ritmo de crecimiento de los que superan los 85 años es casi diez veces superior al del conjunto de la población.

Siempre es bueno recordar aquella idea tan quevediana sobre la vida que insistía en la imagen de que somos caminantes y no moradores. La cuestión es que el camino cada vez se está haciendo más largo. A finales del siglo XVIII la esperanza de vida al nacer no superaba los 30 años en muchas regiones españolas, aún en los años sesenta del siglo XX giraba en torno a los 50 y hoy ya se superan los 75 años. Las cifras son contundentes: según algunas estimaciones en España el número de mayores ha aumentado alrededor de siete veces en la centuria pasada. No es extraño que los historiadores como el resto de los científicos sociales demuestren un especial interés últimamente por este tema debido a la situación presente y sobre todo a las previsiones para el futuro: se ha calculado que para mediados de este siglo una quinta parte de la población mundial tendrá más de 60 años. Es obvio que las repercusiones que esta situación tendrá en nuestras sociedades son inevitables. Esto nadie lo discute. Ahora bien, las lecturas e interpretaciones que de ella se hacen son muy dispares. Desde el punto de vista de la geriatría el alto envejecimiento de la población puede considerarse como un logro histórico derivado del progreso de nuestras sociedades. Desde el punto de vista demográfico y económico la visión no es en absoluto tan positiva. Todo lo contrario: esta situación parece que nos puede conducir al colapso total al quedar seriamente dañadas las tasas de reemplazo poblacional, hacer inviables los sistemas de protección social y, en definitiva, hipotecar el futuro de un país. El envejecimiento demográfico echaría por tierra aquella máxima que acuñara el francés Jean Bodin en el siglo XVI cuando decía que «no hay más fuerza ni riqueza que los hombres». Hombres y –sobre todo– mujeres hay ahora más que nunca pero ¿a qué precio?

No conviene olvidar la dimensión espacial de los procesos. El incesante crecimiento de la población se producirá en los países en desarrollo y en las zonas urbanas mientras que el envejecimiento y la despoblación afectarán sobre todo al mundo rural. Pero además, en los países desarrollados los bajísimos niveles de fecundidad, el descenso acelerado de la natalidad y el continuo aumento de las expectativas de vida provocará situaciones complejas que obligarán a buscar otras alternativas al sistema de organización actual: el descenso de la población activa y los gastos derivados de las necesidades de un grupo

en continuo incremento replanteará el modelo de sistema de pensiones y de la seguridad social. Por su parte, el déficit de mano de obra implicará adoptar políticas de inmigración menos restrictivas con las posibles dificultades vinculadas de integración y convivencia. Para mitigar los problemas ya se escuchan voces que apuestan por retrasar la edad de la jubilación, en un primer momento a los 70 años y después quizá a los 75 años o más.

Es muy significativo que desde principios del año 2000 hayan comenzado a aparecer en los medios de comunicación noticias alarmantes sobre el futuro de nuestras poblaciones y sus efectos negativos sobre aspectos claves de las estructuras sociales y económicas de las sociedades occidentales. Para España el razonamiento suele ser el siguiente: la amenaza del crecimiento negativo de la población conllevaría que el número de jubilados no cesaría de crecer con el posterior aumento hasta proporciones insostenibles de pensionistas; el número de jóvenes no garantizará las tasas de reemplazo generacional y el volumen de trabajadores no será suficiente para que el sistema productivo permita mantener los actuales niveles de bienestar, con el consiguiente riesgo sobre todo para las personas dependientes de desatención y abandono; se hará inevitable recurrir a mano de obra extranjera, lo que para algunos será como una especie de invasión; y, en definitiva, nuestro país perderá pujanza y posición en el ranking internacional<sup>1</sup>.

Como los datos nos demuestran, los avances médicos y técnicos podrán retrasar y frenar la «vejez» pero en España irremediablemente el proceso de envejecimiento es inexorable: la evolución de la población se dirige hacia una transformación profunda de la estructura demográfica. Joaquín Reaño da buena cuenta de ello en su ponencia «Evolución demográfica y envejecimiento en las primeras décadas del siglo XXI: algunas reflexiones sobre el caso de la provincia de Albacete». Un trabajo donde utiliza el ejemplo albacetense como observatorio del modelo meridional del envejecimiento peninsular siguiendo con ese necesario planteamiento de no olvidar la dimensión regional de este proceso en un país tan diverso y heterogéneo como el nuestro.

El cambio en la estructura demográfica de la población es algo inquietante que debe obligar a la reflexión a los poderes públicos y a prestar una atención prioritaria a las políticas de familia o de la salud pero también de la educa-

<sup>1</sup> Para un lúcido resumen vid. Vinuesa, J.: «Alarmismo demográfico», en *Revista de Libros*, n° 63, marzo, 2002, págs. 28-33.

ción o el alquiler y la vivienda<sup>2</sup>. Pero, contradictoriamente, en España donde la familia es el centro del discurso oficial, el déficit social es bastante notorio en las prestaciones y servicios a las familias. En concreto, las dificultades económicas por las que pasan muchos hogares españoles y el desarrollo del individualismo en nuestra sociedad pueden conllevar que inevitablemente se vaya resintiendo la solidaridad entre generaciones y que el sistema público cuente cada vez menos con la inestimable ayuda de la familia. Los datos que aporta Ángeles Valero Lobo en su ponencia «*Nuevo orden demográfico y estrategias familiares*» no dejan ninguna duda sobre la importancia de la institución familiar y cómo se ha ido adaptando a la nueva situación. Porque, a pesar de que desde finales del siglo XIX el Estado va asumiendo de forma creciente más responsabilidades con respecto a los ancianos, en realidad nunca dejó de ser la familia –o mejor dicho, las mujeres– quienes asumieron su atención y cuidado. Efectivamente, como afirma Pedro Carasa Soto en su aportación «*Marginación de la vejez en la cultura del liberalismo contemporáneo español*», una constante a lo largo de la historia es que sólo la familia ha sido la base que le ha permitido a la vejez garantizar su subsistencia y neutralizar los efectos derivados de la marginación a la que estaba abocada. Socialmente vinculada a la pobreza y a la mendicidad, el Estado nunca fue capaz de ofrecer un sistema digno y eficaz de servicios sociales para la mayoría de los ancianos. Y ahora no siempre existe un paralelismo entre el crecimiento de los servicios sociales a la vejez ofrecidos por parte del Estado y las proporciones y necesidades de aquella. Es imprescindible aún seguir con la larga tradición histórica que hace de la familia el principal soporte de los ancianos. Incluso, como constata Ángeles Valero Lobo, aunque la tendencia de las personas mayores sea a vivir solas, en realidad no lo hacen aisladas y en su mayoría mantienen relaciones muy frecuentes con sus hijos y familiares. La diferencia está en que, progresivamente, con el incremento de los niveles de educación femenina y su acceso al mercado laboral esa sempiterna figura de la «*mujer cuidadora*» irá desapareciendo poniéndose en juego así las redes familiares de carácter tradicional.

2 Paillat, P.: «Incontournable et perturbateur, le vieillissement démographique lance un défi aux pouvoirs publics», en *Ménages, familles, parentèles et solidarités dans les populations méditerranéennes*, Paris, PUF, 1996, págs. 683-693.

Donde los problemas de articulación y vertebración social serán más patentes es en el mundo rural. Estamos muy lejos de esos sistemas de reproducción social de la sociedad tradicional que tan lúcidamente han analizado Pegerto Saavedra y Alberto Marcos Martín en sus respectivas ponencias «*Vejez y sociedad rural en la España Moderna*» y «*Viejos en la ciudad. La estructura de edad de la población en los núcleos urbanos españoles del Antiguo Régimen*»<sup>3</sup>. Junto con el desequilibrio generacional derivado del envejecimiento de la población, se observan ahora elevados niveles de masculinidad y paralelamente de celibato. Los hombres, más orientados a continuar con las labores agrícolas, ven cada vez más cómo muchas mujeres abandonan el campo en línea con la elevada formación académica y profesional alcanzada. En cualquier caso, para unos o para otras, el modelo de reproducción social a través del matrimonio y de la herencia queda en entredicho cuando se adoptan los modelos más propios de una cultura urbana donde las parejas son asumidas como una identidad afectiva y no reproductiva. De este modo, si los cambios sufridos en el mundo rural español desde los años 60 le llevan a decir a Pedro Carasa que «*el anciano rural de 1945 se parece más a otro viejo vecino de 1850 que al jubilado español de 1980*», qué podemos decir en la actualidad cuando las transformaciones son aún más profundas y no se han asimilado del todo todavía la pérdida de referencias e identidades culturales del pasado.

Siguiendo la estela que ya Thomas R. Malthus iniciara a finales del siglo XVIII, no es difícil caer en la tentación de refugiarse en planteamientos alarmistas y catastrofistas cuando se habla de la población. Las previsiones derivadas de una «*demografía racional*» como la nuestra actualizan los peores augurios de la inminencia de un colapso total del sistema sembrando la incertidumbre sobre las posibilidades de generar recursos de forma sostenible. Nosotros ni mucho menos nos hemos propuesto hacer preguntas sobre lo que ocurriría si todas las personas vivieran hasta cumplir 150 años o más. Sin duda las macrocifras son propensas a obtener conclusiones alarmistas como que el agotamiento del planeta es inevitable debido a la superpoblación, el acelerado

3 En el pasado, al contrario de lo que ocurre hoy, era en las ciudades donde había una mayor proporción de ancianos. Para darnos una idea de los cambios producidos, sólo una de cada siete personas más o menos superaban los 50 años en las ciudades a finales del siglo XVIII. Todo un abismo si lo comparamos con la situación del mundo rural actual.

proceso de envejecimiento es una especie de «suicidio» demográfico, etcétera<sup>4</sup>. En verdad las macrocifras y las abstracciones macroeconómicas dan vértigo. Hacer comparaciones con respecto al pasado es atractivo y garantiza desde luego una cierta expectativa y un público asegurado. Son visiones a veces apocalípticas que suelen tener una fácil clientela en este contexto milenarista de cierta angustia e inestabilidad que caracteriza a la sociedad actual. Unas cifras y previsiones, por otro lado, que además suelen ser también utilizadas a modo de amenaza por muchos gobiernos para llevar a cabo sus siempre impopulares propuestas o intentos de reforma de las pensiones.

No somos partidarios, ni mucho menos, de los pronósticos catastrofistas. Como ocurrió con los fatalistas pronósticos malthusianos a finales del siglo XVIII, hay que desdramatizar y, aunque nos encontramos ante una situación demográfica nueva en la historia de la humanidad, sin duda la sociedad sabrá adaptarse<sup>5</sup>. Otra cosa es que reconozcamos que las cifras ayudan a tomar conciencia de la realidad y de los problemas. Porque, como señala Joaquín Recaño, «el futuro demográfico no está escrito pero sí circunscrito». Y afrontar la realidad implicará movilizar recursos económicos, científicos, culturales e intelectuales como hasta ahora no se había hecho.

## 1. EL «DESCUBRIMIENTO» DE LA VEJEZ EN EL PASADO

Es cierto que en la actualidad los conocimientos sobre la vejez son cada vez más amplios. Numerosas evidencias corroboran esta impresión como nos demuestra la medicina en relación a los aspectos físicos y biológicos; los demógrafos en relación a los procesos de envejecimiento más recientes o las proyecciones previsibles para el futuro; y, más allá de los parámetros estadísticos, los aspectos psíquicos o mentales de esta etapa de la vida. Sin embargo, en la mayoría de las disciplinas podemos afirmar que estamos dentro de un auténtico proceso de «descubrimiento». Incluso en el campo de la psicología, la especialidad entre las ciencias sociales y humanas que más ha avanzado en

4 En nuestro país para cambiar la difícil situación a la que estamos abocados Fernández Cordon, J. A. - Leguina, J.: «La termita demográfica», en *El País*, 3 de febrero de 2001, consideran que sería necesario incentivar la fecundidad, la acogida de inmigrantes y la productividad porque «la demografía opera como las termitas. Lenta, tozuda y oscuramente, pero con un poder destructor equiparable al de la dinamita».

5 En este punto compartimos la opinión de Vinuesa, J., op. cit, pág. 33.

este ámbito tanto por el volumen de publicaciones como por su desarrollo teórico, es muy significativo el desfase y el retraso existente en comparación con la producción sobre otras etapas como la infancia y la adolescencia tal y como ponen de manifiesto José Miguel Latorre y Juan Montañés en «*La vejez desde una perspectiva psicosocial*». Especialmente notorio es el caso de la historia. Las escasas aportaciones empíricas que podemos encontrar en nuestro país son una muestra palpable del casi nulo interés despertado por este aspecto entre los historiadores hasta el momento.

Pero es obvio que los historiadores no podemos ignorar a la vejez ni desligarnos de la enorme sensibilidad que suscita el proceso de envejecimiento. Las evidencias estadísticas en una sociedad como la actual están propiciando un cambio de actitud tanto desde el punto de vista social como científico del que los investigadores no podemos quedar al margen. El historiador no puede desligarse de su propio presente. Su trabajo encuentra aquí su razón de ser. Curiosamente, la progresiva recuperación del protagonismo de los «mayores» como *sujetos* centrales en la sociedad está también dando lugar a un incremento del interés como *objetos* de investigación.

La vejez en el pasado se ha analizado casi siempre de forma muy indirecta y normalmente vinculada a la demografía histórica, la historia de las mentalidades, la marginación o la historia de la familia. Muy raras veces se ha convertido en el objeto central del historiador. En este sentido, en la medida en que nos aproximamos a las personas y al grupo cuya existencia se ha ignorado, se ha dado por supuesta o se ha aludido de pasada, estaríamos en línea con la denominada «*historia desde abajo*»<sup>6</sup>. Alberto Marcos Martín –como ya denunciara Francisco Chacón para la historia de la familia– señala en las páginas de este mismo libro que la de la vejez es una historia por hacer; un sujeto con entidad propia que sin ninguna duda es posible estudiar en el pasado por más que todavía no exista una especialización y una metodología particular y netamente definida para ello. Una dificultad que en un principio puede desconcertar pero que para nosotros hace de este campo un tema de investigación extraordinariamente sugerente de cara al futuro al tratarse de un territorio por explorar y que cuenta además con el aliciente de tener que abordarse necesariamente desde una perspectiva interdisciplinar.

6 Sharpe, J.: «Historia desde abajo», en Burke, P., ed.: *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 2003 (2ª ed.), págs. 39-58.

Abundan poco las publicaciones sobre la vejez. Una llamada de atención a incrementar este tipo de estudios constituye una de las sesiones incluidas dentro del 20 Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Sydney, 3-9 de julio de 2005) dedicada a *Veillir au tours des siècles passés* y organizada por Solvi Songer, Pamela Sharpe y Alain Montandon. Países como Inglaterra y Francia –el caso que mejor conocemos–, demuestran una mayor sensibilidad<sup>7</sup>. Entre los franceses encontramos una tendencia cada vez más consolidada a estudiar las edades de la vida<sup>8</sup> y, en concreto, a reflexionar sobre la historicidad de las representaciones de la vejez y los procesos de envejecimiento de la población. Para el tema que nos ocupa son emblemáticas obras como las de Georges Minois, Jean-Pierre Gutton, Jean-Pierre Bois y, sobre todo, Patrice Bourdelais<sup>9</sup>. Igualmente son también interesantes algunos trabajos como el libro de Vincent Gourdon sobre los abuelos<sup>10</sup> o los números monográficos de la revista *Annales de Démographie Historique* de los años 1985 y 1991.

En España casi no disponemos de trabajos sobre la vejez en el pasado ni sobre el proceso de envejecimiento de la población en la larga duración. Aquí no contamos con una tradición de estudios en este sentido. En realidad sólo desde hace muy poco constatamos el interés por la investigación de estos temas. Como consecuencia es lógico que no encontremos muchas referencias sobre publicaciones españolas en los repertorios bibliográficos. Es cierto que el tema fue objeto de atención en el IV Congreso de la Asociación de Demo-

7 Entre los ingleses la publicación de una revista tan especializada como *Ageing and Society* es una muestra muy palpable de ello.

8 Véase por ejemplo «Le fil de la vie. Approches biographiques et généalogiques», monográfico de *Revue de Démographie Historique*, 1998-2; Bideau, A. – Bourdelais, P. – Légaré, J., dir.: De l'usage des seuils. Structures par âges et âges de la vie, *Cahiers des Annales de Démographie Historique*, nº 2, 2000; o desde la antropología el monográfico de la revista *L'Homme*, nº 167-168, julio-diciembre, 2003 dedicado a «Passages à l'âge d'homme».

9 Minois, G.: *Histoire de la vieillesse, de l'Antiquité à la Renaissance*, París, Fayard, 1987 (hay traducción en castellano, 1989); Gutton, J. P.: *Naissance du vieillard: essai sur l'histoire des rapports entre vieillards et la société en France*, París, 1988; Bois, J. P.: *Les vieux. De Montaigne aux premières retraites*, París, Fayard, 1989, y del mismo autor la breve síntesis *Histoire de la vieillesse*, París, PUF, 1994; Bourdelais, P.: *Le nouvel âge de la vieillesse. Histoire du vieillissement de la population*, París, Éditions Odile Jacob, 1993. Para un ejemplo local Tassin, Guy: *Veillir et mourir au XVIII siècle. Longévité et vie sociale à Haveluy*, París, L'Harmattan, 1998.

10 Gourdon, V.: *Histoire des grands-parents*, París, Perrin, 2001.

grafía Histórica del año 1995 dedicándole una sesión monográfica. Entonces fue muy significativo que hubiera muy pocas comunicaciones presentadas y especialmente expresivo que ninguna fuera anterior al período contemporáneo. Diez años después la situación no ha variado sustancialmente de tal modo que la ponencia presentada por David, S. Reher «*Vejez y envejecimiento en perspectiva histórica: retos de un campo en auge*» sigue manteniendo toda su vigencia<sup>11</sup>. De hecho carecemos todavía de monografías específicas y es llamativa la ausencia de esta temática en manuales, obras de síntesis y de divulgación. Mientras que los trabajos sobre la infancia, el matrimonio y la familia están mucho más avanzados, esta etapa de la vida aparece como desdibujada. Y es que en general se ha prestado escasa atención al ciclo de vida, un aspecto en cierto modo considerado más propio de antropólogos y sociólogos<sup>12</sup>.

Somos conscientes de que dada la importancia de la familia como base para garantizar la subsistencia de la vejez, desde luego puede utilizarse como un prisma privilegiado para su análisis a lo largo de la historia. En España quizá el mayor conocimiento de la vejez a través de la familia corresponda a la zona septentrional, a aquellos territorios como Galicia, el País Vasco, Navarra, Pirineos aragoneses o Cataluña donde predominaba el sistema de herencia preferencial o de heredero único; allí donde a la mayor longevidad se unía el hecho de que su permanencia como cabezas de familia continuaba hasta la muerte. En principio la familia troncal, es decir, aquella en la que convivían bajo el mismo techo el padre y el hijo o la hija elegido con su cónyuge, podría considerarse el modelo ideal de asistencia a los viejos como analiza Pegerto Saavedra<sup>13</sup>. Sin restar importancia a los lazos de ayuda y solidaridad como mecanismos de supervivencia consustanciales a una socie-

11 Reher, D. S.: «*Vejez y envejecimiento en perspectiva histórica: retos de un campo en auge*» en González Portilla, M. - Zarraga, K., eds.: *IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica. Vol. I. Demografía urbana, migraciones y envejecimiento*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1999, pág. 508-517. Aunque en el curso cuyas actas publicamos ahora contamos también con las reflexiones del profesor Reher, por distintas circunstancias su contribución no pudo incluirse en este libro.

12 Con un carácter divulgativo, planteado desde la perspectiva del ciclo de vida véase el dossier dirigido por Francisco Chacón Jiménez «La familia en España» publicado en la revista *La Aventura de la Historia*, año 6, nº 63, enero 2004, págs. 57-83.

13 Para una visión más amplia del mismo autor véase *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, Crítica, 1994.

dad como la preindustrial, no hay que descartar que detrás de esta imagen idílica se escondiera una relación con un marcado carácter contractual para garantizar su cuidado. Estrategias que también se detectan en otras zonas del interior y sur de Castilla donde supuestamente se seguirían las pautas propias del modelo de la familia nuclear<sup>14</sup>.

Nadie puede discutirle a la familia ese papel de «colchón amortiguador de la necesidad» en palabras de Pedro Carasa. Pero cuidado contra la visión nostálgica y sentimental del pasado. Primero porque la solidaridad y protección no podía prolongarse de forma infinita; segundo porque la solidaridad como hemos dicho podía encubrir algún tipo de intercambio de favores y ayuda; y tercero porque la convivencia entre generaciones no siempre era fácil. A veces la presión que los hijos ejercían sobre los padres ya mayores para relevarles se tornaba violenta y conflictiva.

No cabe duda de que el estudio de la familia resulta una vía extraordinariamente útil para el historiador social preocupado por ver cómo se establecían las relaciones entre el individuo y el grupo. Pero hay que reconocer que sólo haremos aproximaciones parciales e indirectas al tema de la vejez si únicamente nos centramos en el momento de la herencia o en la composición de los hogares. Sin dejar de ser útiles, para el futuro los esfuerzos deben ir encaminados a superar estos planteamientos iniciales y abordar este aspecto desde presupuestos más amplios. Entre ellos, por ejemplo, el comportamiento de la vejez ante las diferencias de género, el estado civil o la riqueza; la relación entre vejez, movilidad y pobreza; la vejez, la conflictividad y la violencia; la importancia que tenía la edad en la configuración de identidades personales y colectivas; o su papel en la propia reproducción de la jerarquía social al utilizarse la edad como criterio para la ostentación de recursos, el desempeño de cargos públicos, la realización de determinados trabajos o la asignación de categorías laborales.

Estudiar la vejez supone profundizar en un concepto que es muy diferente según la cultura y la época. Un concepto además con muchas acepciones. La pregunta a qué edad comienza a considerarse *viejo* un ser humano no tiene una

14 Vid. por ejemplo García González, F.: *Las estrategias de la diferencia. Familia y reproducción social en la Sierra (Alcaraz, siglo XVIII)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2000; o Chacón Jiménez, F., ed.: *Historia social de la familia en España*, Aliante, Instituto Juan Gil Albert, 1990.

respuesta unilateral: podemos hablar de vejez cronológica, biológica, psicológica o sociológica por ejemplo. Por otro lado nos referimos a un concepto vinculado a muchos tópicos que, como no podía ser de otra forma, también han cambiado con el tiempo. No hace muchos años aún la imagen del anciano estaba ligada a virtudes socialmente muy valoradas como la experiencia, la sabiduría y la sensatez. Sin embargo, ¿qué queda hoy de aquella imagen? ¿qué percepción de sí mismos tienen y han tenido los ancianos? El libro que el lector tiene en sus manos trata de ofrecer algunos datos para la reflexión sobre estas cuestiones y algunas otras no menos interesantes como ¿en qué condiciones vivían los ancianos? ¿cómo subsistían? ¿quién les cuidaba? ¿cuál era su relación con el estado, la Iglesia, la comunidad o la familia? ¿qué papel jugaban en la sociedad? ¿qué diferencias había entre el campo y la ciudad? ¿cómo repercutió en ellos el proceso de modernización? ¿cómo les afectaban las desigualdades de género?, etcétera.

## 2. LA EDAD NO ES UN CONCEPTO NEUTRO NI ESTÁTICO

Es indudable que desde los años 90, y sobre todo a partir del nuevo milenio, la edad se está convirtiendo en objeto de reflexión<sup>15</sup>. La edad no es un concepto neutro ni estático. Como construcción social y cultural cambia y se transforma a lo largo del tiempo. Aun siendo universal la tendencia a dividir el curso de la vida en diferentes etapas, su número, denominación, definición y contenido es muy variado según las épocas y los territorios. Es en este punto donde creemos que los historiadores debemos insistir más proyectando en el tiempo algunas cuestiones claramente planteadas hoy por la Antropología. Porque, ¿cómo en función de la edad se asignan estatus y roles desiguales así como valores y estereotipos? De nuevo hay que hablar de construcciones sociales y situar el análisis en los trayectos recorridos entre la naturaleza y la cultura. Eleonora Muntañola en su ponencia «*Antropología de las edades: la vejez*» apunta en esta dirección: la vejez entendida como una etapa pautada de la existencia humana es un concepto cultural, por lo tanto es arbitrario y los criterios que la delimitan varían en función

15 Vid. por ejemplo Peatrik, A.M.: «L'océan des âges», en *L'Homme*, nº 167-168, julio-diciembre, 2003, págs. 7-24.

del momento histórico, momentos socio-culturales e historias de vida y experiencias individuales<sup>16</sup>.

Analizar la edad como principio de organización social implica estudiar las normas y reglas culturales asumidas y que están ligadas a ella. La forma y los criterios adoptados para clasificar a la población desde el punto de vista de la edad son muy significativos para conocer una sociedad y su época. En el caso concreto de la vejez podemos considerarla una especie de espejo en el que comprobar las contradicciones de una sociedad como la actual, inmersa en un profundo proceso de cambio y transformación. En principio, la agrupación de edades en categorías estaría directamente relacionada con la esperanza de vida y la mayor o menor prolongación de las expectativas vitales, algo muy diferente entre el período preindustrial y la actualidad. Hasta no hace mucho la vejez era una etapa de la vida que sólo había sido un privilegio para unos pocos. Pegerto Saavedra nos describe muy bien la situación: en la sociedad preindustrial «*los que llegaba a viejos se comparaban al barco que arriba a puerto después de un peligroso viaje en medio de tormentas que dejaban maltrecho el casco*». En aquél momento en absoluto podíamos hablar de un grave problema demográfico o social ante la baja proporción de mayores de 50 o 60 años en estas poblaciones. Otra cosa es que para nuestra concepción contemporánea la vejez comenzaría muy pronto mientras que el resto de etapas nos parecen ahora muy estrechas.

Hoy parece evidente que será necesario cambiar los períodos en los que se venía organizando la vida de los individuos. Ante los cambios vertiginosos que están acaeciendo en nuestra sociedad –en especial con la esperanza de vida–, una nueva flexibilidad se está imponiendo a la hora de delimitar a estos colectivos. Es cierto que existe todavía ambigüedad y poca claridad en la definición del concepto de vejez pero una cosa sí está clara: hay que revisar esa idea que hacía coincidir su inicio con la edad de jubilación laboral. Porque la edad activa laboralmente no es algo inamovible sino que también se altera con el tiempo tanto por lo que respecta al momento de incorporación al mercado de trabajo como para su abandono. Basta comparar la situación que tanto

16 Véase también especialmente Feixa, Carles: «Antropología de las edades», en Prat, J. –Martínez, A., eds.: *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, Barcelona, Ariel, 1996, págs. 319-334, y especialmente pág. 320 donde distingue la edad como condición social y la edad como imagen cultural.

Pegerto Saavedra como Alberto Marcos Martín nos describen para la Edad Moderna con lo que ocurre hoy en día donde una importante proporción de la población puede elegir retirarse después de los 60 años. Pero curiosamente ya comienzan a observarse algunos cambios muy sintomáticos. De nuevo parece que es la práctica más que los jalones legales quien revela a qué edad o a qué edades se produce el verdadero relevo generacional. En Estados Unidos por ejemplo en el año 2002 una quinta parte de las personas entre 65 y 74 años seguían participando en el mercado de trabajo e incluso algo más de un cinco por ciento entre los que rebasan los 75 años<sup>17</sup>. En este sentido no hay que descartar la posibilidad de que las previsiones catastrofistas dibujadas para el futuro puedan invertirse simplemente moviendo los límites de edad de la población que se considera mayor y dependiente modificando así a nuestro antojo la capacidad de reemplazo<sup>18</sup>.

Que la vejez no es una elección es obvio. Sin embargo como hemos dicho es un concepto en constante evolución y una demostración de cómo las consideraciones en torno a la edad se modifican profundamente. Asumiendo que vamos «*envejeciendo*» desde el momento en que nacemos, la cuestión hay que centrarla en los criterios adoptados. Criterios que no son nada asépticos y que pueden constreñir la realidad. Esto mismo ha demostrado Patrice Bourdelais: desde una perspectiva plurisecular aborda la cuestión de cómo fue configurándose y cambiando la edad de ser «*viejo*» y cómo la noción de envejecimiento de la población fue surgiendo como una construcción intelectual<sup>19</sup>. Por eso hoy la noción de envejecimiento y la utilización de las categorías de edad que le son propias para su análisis comienzan a ser también ya obsoletas en una sociedad como la nuestra. Como consecuencia se está convirtiendo en anacrónica nuestra percepción de lo que consideramos personas mayores en la actualidad, especialmente las imágenes y valores que están ligados a ella. Y más cuando la situación de las personas mayores y su propia autopercepción

17 Para profundizar en este tema vid. *Retraite et Société*, n° 42, junio 2004. También en la web del *Groupe de recherche sur les transformations du travail, des âges et des politiques sociales* (www.transpol.org).

18 Vinuesa, J.: op. cit., pág. 29.

19 Bourdelais, P.: *Le nouvel âge.....op. cit.* En otra dirección es también muy significativo el libro de Thiercé, Agnes: *Histoire de l'adolescence (1850-1914)*, París, Belin, 1999 que analiza los nuevos contenidos asignados durante ese período a una denominación ya antigua.

dista mucho del papel que la sociedad «oficialmente» les asigna y de los clichés e ideas fijas que proceden de otras épocas<sup>20</sup>.

Dos ejemplos puntuales pueden servir para demostrar cómo la manera de computar el tiempo vivido puede ser muy distinta y cómo la edad es una construcción cultural y como tal no tiene por qué coincidir condición natural con condición social. En primer lugar nos referiremos al caso de las mujeres. Pilar Pérez Cantó es categórica: la edad determinó durante largo tiempo la vida de las mujeres más allá de la biología. Es un criterio cargado de ideología y a través de él se adivina el conjunto de valores que la sociedad utiliza en cada época histórica para diferenciarlas. Independientemente de su grupo social, país o cultura, sirvió para clasificarlas de forma distinta a la de los hombres siendo un aspecto fundamental para la construcción de las relaciones de género. En el pasado cuando se hablaba de la edad de las mujeres se referían a su edad sexual: «un hecho biológico, la menstruación, fijaba el momento a partir del cual la mujer debía de ser vigilada para evitar efectos no deseados y asegurar el buen funcionamiento de aquella sociedad. La herencia y el honor de la familia estaban en juego, al menos en lo que se refiere al mundo occidental, y a preservarlo se aprestaron tanto las instituciones civiles como eclesiásticas»<sup>21</sup>. Por el contrario, pasaban a ser invisibles con la menopausia, ese otro límite biológico ligado a la edad hasta la que podían «parir y multiplicar».

Otro ejemplo muy ilustrativo de cómo se podía computar de forma muy distinta el tiempo vivido es el caso de la América precolombina en comparación con la América colonial. Las bases culturales y socioeconómicas de los indígenas fueron sustituidas por otras totalmente distintas. Rolando Mellafé Rojas y Lorena Loyola Goich<sup>22</sup> señalan que para los incas la edad no era la mera acumulación de días y de meses representados aritméticamente a lo

20 Yubero, S. – Larrañaga, E.: «La imagen social del anciano», en Yubero, S. et al.: *Envejecimiento, sociedad y salud*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, pág. 66.

21 Pérez Cantó, P.: «Presentación», en Pérez Cantó, P. – Ortega, M., eds: *Las edades de las mujeres*, Madrid, UAM-Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, 2002, págs. X-XI. En dicho libro encontramos una parte referida a la «edad de la experiencia o de la decrepitud» vista en tres momentos históricos, la época romana, el antiguo régimen y nuestra sociedad actual

22 Mellafé Rojas, R. – Loyola Goich, L.: «El tiempo, la edad y la vejez», en *La memoria de América colonial. Inconsciente colectivo y vida cotidiana*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1994, págs. 33-55.

largo de la vida de una persona. Ésta se organizaba más bien en fracciones de tiempo en función de ciertas características y capacidades individuales junto con necesidades comunitarias. Así pertenecían al mismo grupo tanto una persona de muchos años como otra de pocos pero inválida o ciega al no poder contribuir a la comunidad sino, muy al contrario, tener que asumir aquella sus cuidados. Un abismo con nuestra sociedad actual donde, según San Román<sup>23</sup>, sólo rara vez las barreras de la ancianidad se definen por la presencia de deterioro. De todos modos aún hoy en las comunidades indígenas los ancianos siguen manteniendo su espacio social a pesar del tiempo transcurrido, lo que no quita que lo vayan perdiendo poco a poco a tenor de los profundos cambios geopolíticos y económicos que están sufriendo estas comunidades con el proceso de globalización.

El interés del historiador debe centrarse por lo tanto en el proceso de construcción y definición social de las edades en el pasado. Junto con antropólogos y sociólogos, bien es cierto que es a él –quizá más que a ningún otro– a quien le correspondería dar respuesta a cómo se ha estructurado históricamente y cómo ha cambiado en la larga duración la organización del ciclo vital y las imágenes ligadas a cada una de sus etapas<sup>24</sup>. Pero para ello hay que evitar ciertos riesgos. El primero y fundamental es no extrapolar conclusiones derivadas de planteamientos biológicos. Al presentar la vida humana en forma de ciclos con una inicial fase de nacimiento, infancia, madurez, vejez y muerte, es fácil asignar una serie de tópicos de comportamiento presentados como algo inexorable. Ciclos cerrados en sí mismos colocados uno tras otro sin ningún tipo de interconexión ni posibilidad de establecer continuidades entre cada uno de ellos –cuando todos sabemos que las trayectorias vitales no progresan en línea recta– cayendo así en la idea ilusoria de que cada una de esas etapas es radicalmente distinta de las anteriores.

Debemos superar la tendencia a uniformar los comportamientos de los componentes de los distintos grupos de edad como si tuvieran una coherencia exclusivamente interna; también ir contra la simplificación de las complejas relaciones –intergeneracionales o no– que aquellos establecen con la sociedad

23 San Román, T.: *Vejez y cultura. Hacia los límites del sistema*, Barcelona, Fundación Caixa de Pensions, 1990.

24 Un reto ya planteado desde la antropología por Feixa, C.: *op. cit.*, pág. 330 y que desde la historia debe convertirse en un objetivo absolutamente imprescindible a investigar.

donde se insertan. Porque ver la naturaleza de dichas relaciones y cómo se modifican en el tiempo es el objetivo del historiador<sup>25</sup>. La historia es movimiento, cambio, transformación. Es cierto que para captar dicho movimiento y observar regularidades de comportamiento histórico la comparación es necesaria. Ahora bien, no tiene mucho sentido comparar situaciones que obedecen a realidades muy distintas con vistas a obtener conclusiones inexorables. Es bastante fácil caer en anacronismos. Esa *naturaleza análoga* necesaria de la que nos hablaba Marc Bloch a la hora de buscar similitudes que permitan hacer generalizaciones parece que puede cumplirse en el caso que nos ocupa al adoptar como criterio comparativo algo en principio tan «objetivo» como es la variable edad, válida en todo tiempo y sociedad. Ocurre sin embargo que nos estamos refiriendo a una «*naturalidad ilusoria*» en palabras de Hervé Le Bras<sup>26</sup>. Como señala dicho autor la idea de la edad va más allá de la simple diferencia entre el instante presente y el momento del nacimiento. Donde mejor puede comprobarse la existencia de esa gran variedad de concepciones es en la cuestión de la definición de los grupos de edad y sus fronteras. A lo largo de la historia encontramos obras y reflexiones de escritores, moralistas, eclesiásticos, médicos, políticos y otros autores de época que se preocuparon por delimitar los tramos en los que se podía dividir la vida del hombre. También en la práctica se fueron imponiendo unos determinados criterios políticos. En este punto hay que destacar la importancia que tuvo en todo ello la emergencia durante el período moderno de un Estado que hizo del recuento de la población uno de sus medios de gobierno<sup>27</sup>. Censos, vecindarios, padrones y catastros son su mejor expresión. Aquí la utilización de términos como «*mayor de*» o «*menor de*» evidencian un interés que trasciende la mera necesidad de precisar la edad. Se convierten en un instrumento político, casi siempre relacionado con la fiscalidad o el reclutamiento militar. Porque hasta bien entrado el siglo XIX la edad concreta no se consolidaría como una referencia

25 Estamos de acuerdo con Reher, D. S.: «Vejez y envejecimiento en perspectiva.....», *op. cit.*, pág. 510, cuando afirma que es contraproducente tanto intentar aislar a los ancianos del resto de la sociedad como considerar uniforme todo el tiempo anterior a la transición demográfica.

26 Le Bras, H. «Les politiques de l'âge», en *L'Homme*, nº 167-168, julio-diciembre, 2003 dedicado a «Passages à l'âge d'homme», págs. 25-48.

27 A este respecto véase «Savoirs et sciences d'état: généalogie et démographie», en Lenoir, R.: *Généalogie de la morale familiale*, París, 2003.

indispensable de la identidad. Hasta entonces es muy significativo que en los libros parroquiales, los testamentos y otros documentos notariales por ejemplo no se indicara normalmente una edad cifrada para los individuos.

Establecer una comparación entre los mayores de 50 o 65 años entre la edad moderna –donde por supuesto era desconocido el término «jubilado»– y la actualidad puede ser arriesgado. En principio, teniendo en cuenta las imprecisiones que caracterizan a la época preestadística a la hora de clasificar a la población, hemos de convenir que la fase de la vejez se correspondería con el período vital marcado por la tendencia a la dependencia. No obstante los criterios para fijarla varían. Desde el punto de vista demográfico el límite se situaría en los mayores de 50 años como hace Alberto Marcos Martín basándose en el Censo de Floridablanca, desde el punto de vista fiscal en los que tenían más de 60 años como hace Pegerto Saavedra siguiendo al Catastro de Ensenada y para épocas más recientes hablamos de los que superaban los 65 años. Sin embargo la tasa de dependencia es meramente indicativa porque hay que admitir que se accedería muy pronto al trabajo y se continuaría hasta que las posibilidades físicas lo permitieran, sobre todo en el mundo rural. Y la situación física de una persona entonces y las posibilidades y potencialidades de otra con la misma edad ahora han cambiado radicalmente. Por otro lado, cuando hablamos de los problemas derivados de la «dependencia» no podemos abstraernos de las limitaciones del sistema económico de entonces basadas en la fuerza de trabajo y la baja productividad, de la sociedad del conocimiento actual a la hora de crear riqueza, amén de la intervención del Estado en la atención y cuidado de las personas. Podría objetarse que ya las mismas diferencias detectadas son una aportación positiva del método comparativo, pero ocurre que para ser válidas deberían deducirse de situaciones efectivamente comparables. Desde el punto de vista psicológico José Miguel Latorre y Juan Montañés llegan a la misma conclusión: si comparamos los mayores de 60 años entre distintas épocas podemos obtener respuestas equivocadas porque nos estamos refiriendo a momentos históricos de las personas bien distintos. Junto a la edad hay otros elementos contextuales y personales que son tan influyentes o más que aquella. Hay distintas formas de envejecer y además este envejecimiento no significa siempre deterioro: lejos de ser una etapa final de decadencia es una fase del desarrollo vital donde existen ganancias y pérdidas. Para ellos, como para el antropólogo Carles Feixa, la idea del

ciclo vital rompe con esa tendencia a la uniformidad vinculada al tradicional enfoque de influencia biológica<sup>28</sup>.

Queda claro que una concepción unilateral puede conducirnos a graves errores si sólo se utiliza la variable edad para la comparación. Hay que romper con esa especie de obsesión del investigador centrado únicamente en la edad como un absoluto. «Jóvenes» o «viejos» no son categorías fijas sino cambiantes. Es decir, hay que evitar caer a toda costa en esa idea bastante trivial de fijarnos solo para la comparación en variables biológicas como son los años de vida –lo mismo cabría decir del sexo–, cuando la edad como el género es un concepto social y cultural como ya hemos dicho y obedece a condicionantes sociales, económicas, políticas, culturales y mentales. Para cambiar su percepción no basta sólo en consecuencia un cambio de las condiciones naturales y físicas de los individuos. Si bien podemos considerar inexorable el paso de los años también podemos afirmar que la edad en sí no es nada si no se ve inmersa en una estructura determinada. En realidad son las relaciones sociales las que le dotan de su verdadero contenido.

En esta época donde la historiografía está marcada por la búsqueda de la complejidad parece que se va imponiendo cambiar el enfoque que adoptaba como criterio exclusivamente los años que permitían establecer fáciles comparaciones estadísticas entre diversos territorios y épocas. Somos más partidarios de estudiar la edad no de forma biológica o como etapas dentro de un ciclo sino como un proceso. Preferimos analizar trayectorias vitales y sociales –que en absoluto progresan en línea recta– para observar rupturas y continuidades. En este sentido, el interés de la vejez desde esta perspectiva nada inmovilista la convierte en un prisma privilegiado para preguntarnos ¿cómo se puede *construir* una vida?

### 3. LA PERCEPCIÓN SOCIAL DE LA VEJEZ: TÓPICOS Y ESTEREOTIPOS

Adorada e ignorada, la cuestión de los estereotipos es una constante a la hora de abordar la vejez. Visiones negativas y positivas se mezclan en nuestro

28 Más que centrarnos sólo en un grupo de edad compartimos con Feixa, C.: *op. cit.*, pág. 321, que el marco de análisis deber ser el del ciclo vital y el de las relaciones intergeneracionales. A este respecto desde la historia vid. Moll, I.- Mikelarena Peña, F.: «Elementos para el estudio de las sociedades agrarias: de los procesos de trabajo al ciclo de vida», *Noticario de Historia Agraria*, nº 5, 1993, enero-junio, págs. 25-42.

imaginario colectivo<sup>29</sup>. Desde la concepción radical y peyorativa al modo de Simone de Beauvoir<sup>30</sup> hasta la optimista y aún ilusionante que recientemente ha defendido Enrique Miret Magdalena<sup>31</sup> pasando por el discurso áspero, poco simpático y desacralizado expresado por el filósofo Jean Améry<sup>32</sup>.

Por desgracia en España los paralelos cambios de mentalidad y sensibilidad derivados de la progresiva alteración de la estructura de edades de la población propia de la transición demográfica que se detectaron en Francia ya a finales del siglo XVIII no se observaron hasta bien avanzado el siglo XX. Fue entonces precisamente cuando el país vecino se produce el «*nacimiento de la vejez*» en opinión de Patrice Bordelais o Jean Pierre Bois. En nuestro caso analizar la evolución del envejecimiento en España es abordar su historia demográfica en el siglo XX donde, asociado a la transición demográfica, se inició de forma muy lenta dicho proceso. Sin embargo, los tópicos y estereotipos tienen aquí como en otras latitudes una larga historia.

Aunque se haya avanzado mucho en su conocimiento, la percepción del anciano aún se construye sobre una confusión de mitos y realidades<sup>33</sup>. Al margen de lo real se contraponen siempre el discurso ideal y las imágenes ligadas a aquel. Es verdad que los estereotipos son muy resistentes al cambio. Como nos ha enseñado Peter Burke, no debemos olvidar que «*el estereotipo puede ser más o menos cruel, más o menos violento, pero, en cualquier caso, carece necesariamente de matices, pues el mismo modelo se aplica a situaciones culturales que difieren considerablemente unas de otras*»<sup>34</sup>. La cuestión es cómo cada época «fabrica» un tipo de vejez ideal dominante y cómo éste va

29 Sobre la ambivalencia que define a este período de la vida véase «Imágenes de la vejez», en *Retraite et Société*, 2001, nº 34. Aunque se trata de una ambigüedad siempre interesada en estigmatizar a la vejez como un grupo diferenciado casi al margen de la sociedad como señala Valladares, S.: «Mitos de la vejez. Una aproximación antropológica», en *Infancia y Sociedad*, nº 29, 1995, págs. 79-100. Una síntesis también desde la antropología sobre estas imágenes contradictorias en Puijalon, B. – Trincaz, J.: *Le droit de vieillir*, París, Fayard, 2000.

30 Beauvoir, S.: *La vejez*, Barcelona, Edhasa, 1983.

31 Miret Magdalena, E.: *Cómo ser mayor sin hacerse viejo*, Madrid, Espasa Calpe, 2003. También Moncada, A.: *Años dorados. Entender a los mayores y prepararte para serlo*, Madrid, Libertarias, 1998.

32 Améry, J.: *Revolución y resignación. Acerca del envejecer*, Valencia, Pre-Textos, 2001.

33 Yubero, S. – Larrañaga, E.: «La imagen social del anciano»...*op. cit.*, pág. 64.

34 Burke, P.: *El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001, pág. 158.

variando. Comprender este proceso sólo es posible desde un planteamiento analítico de larga duración. En concreto, resulta interesantísimo estudiar cómo la vejez de ser referente ético, transmisor de saberes y conocimientos ha pasado a ser contemplada como un grupo ignorante, como una carga para las familias y como una amenaza para el propio Estado.

Venerada y respetada, en el pasado la vejez se asociaba a la experiencia, la sabiduría y se equiparaba a toda una serie de bondades morales y de comportamiento como la templanza, el desapasionamiento o el desapego a los bienes materiales. Virtudes que la distanciaban de esa otra edad exaltada, de pasiones y ambiciones que era considerada la juventud. Sobre estas bases se asentaba su autoridad y su capacidad de influencia en el seno de la sociedad tradicional. Las visiones positivas las encontramos por ejemplo ya en la Antigüedad tal y como nos transmitió Cicerón con su *De Senectute*, en la Edad Media con la *Canción de Rolando* al ensalzar la figura de un emperador Carlomagno ya envejecido o el Romanticismo al hacerlos guardianes de la memoria, encarnación del Pueblo y de la comunidad<sup>35</sup>.

Pero cuidado con esa visión nostálgica del pasado que tenemos en la actualidad. Esta frecuente imagen idílica de la vejez convivía con otra tanto o más desvalorizada, pobre y degradante. Su visión negativa siempre se ha asociado a deterioro físico, torpeza, fallos de la memoria, trastornos, enfermedad y soledad. También con degradación moral: se ha vinculado a la picaresca, a la avaricia y a la prostitución como nos recuerdan esos tópicos literarios del viejo avaro, del mendigo, la vieja ramera o el viejo verde propenso a las seducciones femeninas. Las visiones negativas ofrecidas entre otros por el médico Juan Sánchez de Valdés o las especialmente duras de Baltasar Gracián las podemos encontrar en la recopilación de textos de Luis Sánchez Granjel para la España de los Austrias<sup>36</sup>. En otro lugar, James Casey<sup>37</sup> nos recuerda que el valenciano Guillén de Castro en 1618 en *Las Mocedades del Cid*—como pocos años antes había hecho Shakespeare en *El Rey Lear*— constataba la pérdida de protagonismo del anciano en una sociedad donde se ensalzaba el vigor y la fuerza de la juventud.

35 Casey, J.: «Ancianos: entre el estorbo y la experiencia», en *La Aventura de la Historia*, año 6, n° 63, enero 2004, pág. 83

36 Sánchez Granjel, L.: *Los ancianos en la España de los Austrias*, Salamanca, 1996.

37 Casey, J.: *op. cit.* pág. 82.

Es curioso que el paralelismo establecido entre desarrollo biológico e imagen social haya sido siempre ambivalente. Mientras que la vejez se relaciona por un lado con regresión e involución, por otro se valora el efecto positivo del transcurso del tiempo vivido. Cervantes ya decía en el prólogo al segundo libro de *El Quijote* que, aunque no se escribía con las canas sino con el entendimiento, éste solía mejorarse con los años. Para James Casey<sup>38</sup> en el siglo XVIII se incrementa el respeto por la vejez convertida en una especie de élite natural que derivaba simplemente de su propia nobleza intrínseca al ciclo de maduración de toda criatura. Esta misma similitud del transcurso del tiempo al modo de un ser vivo que nace, crece y se desarrolla se encuentra en el origen mismo del concepto progreso al imbricarse tiempo y cultura. Sin embargo no deja de ser curioso y contradictorio que mientras desde el punto de vista colectivo el término progreso adquirió un sesgo muy positivo cuyo máximo apogeo se alcanzó en el siglo XIX y XX en el caso del tiempo de vida de las personas derivó en algo negativo.

Es precisamente el trabajo de Pedro Carasa Soto quien sitúa el tema en el contexto que permite emerger la categoría de viejo como para nosotros es más afín. Después de una aproximación a las imágenes dominantes sobre la vejez en la edad moderna, insiste en cómo a lo largo del período contemporáneo quien envejece va perdiendo su sitio, se le va arrinconando y excluyendo transformándose en una carga. El desarraigo y la desubicación social se fueron acentuando parejas al proceso de modernización como nos recuerda magistralmente también el caso del anciano alfarero protagonista de *La caverna* de José Saramago. Con el triunfo del capitalismo y la industrialización fue inevitable el declive de los antiguos sistemas laborales y de fabricación donde relaciones familiares y de trabajo se fusionaban como un todo. Las máquinas y los procesos de innovación requerirán justamente los valores contrarios de la inercia experimental en que se basaba la gerontocracia laboral de la sociedad tradicional. Pero además la depreciación cualitativa de la vejez coincidiría con el incremento de sus efectivos. Con la revolución demográfica la vida física se prolongaría ahora como nunca hasta entonces más allá de la extensión de la vida laboral y familiar. En una sociedad tan competitiva no se perdonará la merma de capacidades que experimenta el viejo. Tanto su valoración como sus condiciones materiales empeorarían, especialmente en el caso de las mujeres puesto que a partir de

38 Íbidem.

entonces «*el factor género añade agresividad pauperizadora a la edad*». La nueva organización de la sociedad clasista y competitiva descolocaba el antiguo rol del anciano como transmisor de conocimientos, suprimía su preeminencia laboral y elimina su función jerárquica dentro de la comunidad o como *pater familias*. La tradicional cultura gerontocrática que justificaba la preeminencia política del anciano y su prestigio sociorreligioso estaba en buena medida ligada al origen divino del poder y a la sacralización de la autoridad. Pero en la sociedad liberal y burguesa el nuevo origen de la autoridad y la organización política no estaban pensados para una gerontocracia sino para hombres jóvenes o adultos bien preparados técnica y jurídicamente. Desde entonces inevitablemente con la nueva representación burguesa del mundo como diría Pierre Bourdieu<sup>39</sup> sería muy difícil no asociar juventud, mundo urbano, modernidad y revolución frente a ancianidad, mundo rural, tradición y hasta reacción.

En definitiva, con el liberalismo triunfa el concepto de trabajo como expresión del prestigio social y hasta de la propia identidad. La vejez era así considerada más bien como una carga. Pero ahora en nuestro mundo occidental en pleno proceso de transformación no sólo del concepto de trabajo sino también del sentido del ocio asistimos a un cambio de valoración. Económicamente son en parte muy apreciados como consumidores por su potencialidad como mercado de ocio y electoralmente como filón de votos. La ingente demanda de servicios de este grupo de edad hacen del colectivo de mayores uno de los mercados más emergentes y con más posibilidades de desarrollo para el futuro, incluyendo a profesionales relacionados con el ocio, la cultura y la educación que hasta ahora habían quedado siempre relegados a un segundo plano<sup>40</sup>. Por otro lado, los científicos que en tantas ocasiones han sido responsables de acuñar o perpetuar estereotipos, bien fueran positivos o negativos, ahora están con-

39 Bourdieu, P.: «La paysannerie. Classe objet», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 17-18 de noviembre, 1977, pág. 4.

40 Para Pedro Carasa «*los ancianos que antes eran considerados sólo como clases pasivas que lastraban el crecimiento, han entrado en el sistema capitalista como elementos activos, no de la producción y la oferta, pero sí de la demanda y el consumo*». Es curioso en este punto el tipo de discurso utilizado. A través de la publicidad se sigue mitificando al cuerpo induciendo a las personas mayores a permanecer siempre jóvenes y a consumir determinados productos, algo especialmente sangrante que se acentúa en el caso de las mujeres. Vid. Trincaz, J. y Veysset-Juijalón, B.: «Les représentations sociales de la vieillesse: un fondement pour l'action. Vieillesse et action sociale», en *Vie Sociale*, 2001, 4, págs. 9-23.

tribuyendo con más capacidad crítica para avanzar en el conocimiento racional de la vejez. José Miguel Latorre y Juan Montañés hablan de un nuevo cambio de concepción de la misma tanto desde el punto de vista social como científico. Las razones son tanto de índole cuantitativa como demuestran las evidencias estadísticas como cualitativa por las percepciones más positivas que se tienen de ella. Desde la medicina y la psicología se están rompiendo algunos de esos tópicos. Pedro Abizanda Soler en su ponencia «*La salud en la vejez: la atención geriátrica*» de forma contundente califica como radicalmente falsa esa idea de que vejez y enfermedad son sinónimos. El deterioro funcional que acompaña al envejecimiento no es un fenómeno lineal e irreversible como tampoco según Latorre y Montañés el desarrollo psicológico implica regresión, involución o incapacidad. Hay que matizar la identificación apriorística de vejez y dependencia que sirve para perpetuar imágenes y estereotipos: se está comprobando que no siempre ligado a la edad está aumentado el número de personas que necesitan ayuda hasta para los actos más cotidianos y anodinos. Se impone pues revisar los mismos criterios económicos, sociales, culturales y mentales que sustentan la noción de dependencia. Un término con excesivas connotaciones economicistas que está adquiriendo significados diferentes en la actualidad. Igualmente desde la antropología Eleonora Muntañola denuncia esa sensación de inmovilismo que acompaña a la vejez y a esa imagen de ella como meta sin retorno. En este sentido son interesantes propuestas de rehabilitación de la vejez resituándola simplemente en el ciclo de vida en lugar de hacerla un espejo de los miedos a envejecer y morir<sup>41</sup>. Conviene recordar aquí, como hace James Casey, el ejemplo de Goya y su autorretrato «*Aún aprendo*» o la revalorización que desde el Romanticismo se hacían de las autobiografías para expresar al fin y al cabo una idea de la vida como una experiencia continua<sup>42</sup>.

Pero los cambios en la percepción de la vejez no son inconscientes ni ingenuos. Para algunos autores como Enrique Gil Calvo<sup>43</sup> la posición y el

41 Trincaz, J. y Veysset-Juijalón, B.: «Les représentations sociales de la vieillesse: un fondement pour l'action. Vieillesse et action sociale», en *Vie Sociale*, 2001, 4, págs. 9-23.

42 Casey, J. *op. cit.*, pág. 83

43 Gil Calvo, E.: *El poder gris: una nueva forma de entender la vejez*, Barcelona, Mondadori, 2003. Un cambio progresivo del rol social del anciano y de su imagen al hilo de la mejora de su situación económica y de sus condiciones de vida es apuntado igualmente por Yubero, S. – Larrañaga, E.: «La imagen social del anciano», en Yubero, S. et al.: *Envejecimiento, sociedad y salud*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, pág. 64.

peso de cada generación en el orden económico, político y cultural es lo que determina su suerte y no ninguna característica o virtud innata que posean ancianos, jóvenes o maduros. La mejora de su situación económica y de sus condiciones de vida es apuntada igualmente por otros autores como causa de la modificación progresiva del rol social del anciano y de su imagen. Por ello en la actualidad hay síntomas que denotan un cambio de tendencia con el retorno de los mayores a una posición más acorde con el espesor de su grupo y el incremento de su poder e influencia tanto público como privado. Por otro lado para evitar ser considerados colectivos fantasmas está surgiendo también con fuerza el movimiento asociativo de las personas mayores. Quizá por todo ello, del esfuerzo inicial por demostrar que el advenimiento de la modernidad ha ido en detrimento del estatus atribuido a los ancianos se esté pasando más bien en la actualidad a discutir la imagen homogeneizadora y pasiva atribuida a aquellos<sup>44</sup>.

Eso no quita ni mucho menos que no se deba incrementar la lucha contra la desatención, el olvido, la marginación, la enfermedad, la tristeza y el abandono que sigue sufriendo este colectivo. En concreto para Pedro Abizanda el sistema sanitario tiene que ir adaptándose a las nuevas necesidades del grupo que es su principal usuario. Por sus peculiaridades, la atención y el correcto tratamiento sanitario de las personas mayores es imprescindible una especialidad como la geriatría sustentada a su vez en una red de asistencia integral y en el trabajo interdisciplinar con otros profesionales como enfermeros, trabajadores sociales, psicólogos, fisioterapeutas, etcétera. Y esto no sólo por una cuestión de rentabilidad social sino también de eficacia económica al permitir un menor coste con una mejor racionalización de los fondos disponibles. Pero la historia no nos deja muchas opciones para ser optimistas. Pedro Carasa es categórico: si en todas las transiciones históricas a la vejez siempre le ha tocado perder acentuándose su proceso de deterioro y escasa estima, no parece que podamos esperar mucho de esta nueva etapa de transición hacia la globalización que estamos viviendo. Hay que aprender de las lecciones de la historia y revalorizar la vejez supone rechazar de plano su papel de perdedora. Es hora de llevar a la práctica una nueva sensibilidad social y política que permita movilizar generosamente recursos económicos, científicos y culturales para evitarlo.

---

44 Nuevo rumbo señalado por Feixa, C.: *op. cit.*, pág. 325-327.